

Dossier:

Marcel Hénaff. La ciudad que viene

Traducido por Luis Alfonso Paláu



Obertura

Se dice que desde sus naves espaciales, cuando pasan en zona nocturna, los astronautas ven las luces de la tierra como nosotros vemos las estrellas; archipiélagos esplendentes de Europa o de las costas este y oeste de la América del Norte, islas luminosas de las grandes metrópolis de América del sur, de África o de Australia, racimos más apretados de las de Asia, de la India a la China, de Indonesia a Japón. La tierra habitada aparece así como una galaxia urbana; como si el universo estrellado en torno al globo se hubiera proyectado sobre él bajo la especie de las ciudades; como si, en la noche, los humanos le devolvieran al cosmos la imagen de las luces que de él reciben; como si, luego de siglos de civilización técnica, hubiéramos logrado, bajo la forma del espacio construido, hacer del conjunto de nuestros artefactos otra naturaleza; ya no una serie de ciudades-microcosmos sino un mundo construido a la escala misma del planeta.

Pero esta es sólo una imagen, por muy elocuente que sea. Volvamos a tierra. Lo sabemos: 80% de la población de los países industrializados vive de aquí en adelante en ciudades; los otros países siguen la misma tendencia. Sabemos también que en medio siglo no habrá ya casi población propiamente rural. Las estadísticas recientes dan las siguientes cifras: la proporción de la población urbana confundidos todos los países es actualmente de 50% (por tanto

alrededor de 3 mil millones sobre 6); en 1800 era de 8%; en 1900 de 10%; en 1950 pasa a 30%; hay pues más habitantes hoy en las ciudades de los que había en el planeta entero en 1950 (que contaba entonces con 2,5 miles de millones de habitantes); el aumento de la población citadina es actualmente de alrededor de 65 millones por año y, para los tres cuartos, este crecimiento concierne las megalópolis de Asia, de África y de América latina (donde se encuentra más de la mitad de las veinte ciudades más pobladas del mundo). Se estaría tentado a decir: la forma urbana ha triunfado por todas partes. Pero ¿es esta una aserción pertinente? Esta extensión del espacio construido sólo puede ser considerada como teniendo que ver con la idea de ciudad si aceptamos llamar así a toda aglomeración importante de lugares de habitación asociados a edificios comerciales y administrativos, o a espacios de diversión. ¿Se lo puede decir sin abuso de lenguaje y sin confesar no haber comprendido nada de lo que ha sido la ciudad desde hace milenios, a lo que fue la lógica de su aparición y de su expansión, a lo que ella es sin duda todavía?

La cuestión que se plantea es pues esta: o bien hay efectivamente un devenir-ciudad del conjunto de las civilizaciones y se puede, en este caso, considerar la tierra como un planeta urbano; o bien, el crecimiento del mundo habitado, que forma esos archipiélagos de espacios construidos evocados antes, no tiene nada que ver con la idea de ciudad como totalidad orgánica y como imagen del mundo que ha sido la que hemos conocido desde sus orígenes. Si tal fuera claramente el caso, se necesitaría entonces medir la paradoja: *es en momentos en que nos parece que el mundo se vuelve ciudad cuando precisamente la ciudad deja de ser un mundo*. En suma, o bien la idea de ciudad se ha extendido al mundo en su conjunto y a modelizado su organización y su imagen; o bien ella se ha disuelto a pesar —o incluso en razón— de la extensión del espacio construido. En tal caso, dos hipótesis habría que encarar: o esta disolución debe ser comprendida como el comienzo de una evolución caótica, de una pérdida de todo proyecto arquitectónico y de toda exigencia de

organización del espacio urbano (esta sería la constatación de un fracaso irremediable), o bien se trata de la entrada en un nuevo paradigma que queda por evidenciar. Se lo ve: lo que se juega en estas cuestiones es considerable no solamente como comprensión de las evoluciones en curso, sino como reflexión que pueda de ahora en adelante determinar políticas de urbanismo y decisiones sobre la disposición del espacio construido.

Para aportar elementos de respuesta a estas complejas cuestiones propongo en este corto ensayo la siguiente aproximación:

1. Para comenzar intento analizar el modelo de la ciudad como *mundo*, es decir de la ciudad en tanto que ella ha sido concebida, desde sus diversos orígenes en numerosas culturas, como *monumento*; como un vasto conjunto construido o, más aún, como una totalidad arquitectónica que se quería considerar imagen del cosmos; pero esto supone —y se lo olvida con mucha frecuencia— que este conjunto original sea concebido no solamente como *monumento* sino también como *máquina* (que produce, administra, organiza, transforma), y finalmente como *red* (con sus ejes de vialidad, sus dispositivos de circulación de las personas, sus medios de transporte de materiales o de flujos de energía; sus lugares de intercambio de mensajes y de bienes). Estas dos últimas dimensiones —máquina, red— se han vuelto en la actualidad cada vez más evidentes, pero ellas existían plenamente desde el comienzo.
2. Luego, yo confrontaría el resultado de esta pesquisa con el concepto de *espacio público*, comprendido ante todo en un sentido muy amplio. Entendemos por ello que, en el lugar urbano, por su visibilidad y por su función oficial, ciertos edificios (palacios principescos, edificios administrativos, fortalezas, templos) se distinguen claramente de las moradas privadas y de los lugares de actividades individuales. A esta concepción se le podrá oponer otra, central en la tradición occidental, según la cual la fórmula “espacio público” indica ante todo una

esfera de información abierta y de debates libres cuya expresión institucional es la asamblea elegida que decide a la vista de todas las leyes de la Ciudad, las formas de su justicia, de sus decisiones de guerra y de paz. Tal era en sustancia el modelo griego —al menos en su ideal— del que aún se reclaman las democracias occidentales, y del que el espacio urbano daba y ofrece aún constante testimonio. Habrá lugar sin embargo para preguntarse si este concepto de espacio público puede ser o no aplicado o atribuido tal cual a otras civilizaciones, y ser asociado a la visibilidad monumental de los antiguos reinos del Medio Oriente, de India o de China, o de los Estados que les han sucedido. Nada de esto es seguro. Será esencial a propósito de la ciudad evidenciar otro nivel de la experiencia social, más informal y más cotidiano, y por ello mismo sin duda más universal: el de la *esfera común* que yo propondré que se lo comprenda como un orden estrictamente local de relaciones ciudadinas —primero las de vecindad—, ya sean ellas aleatorias u organizadas, marcadas por variedades de actitud que conciernen las civilidades o los modos de vida ligados a las relaciones entre sexos, generaciones, profesiones, a ciertos usos de la lengua, a formas religiosas ligadas también a escogencias alimenticias, de vestidos u otras expresiones de particularidades. Se trata pues de un orden vernáculo cuyas prácticas conocen diferencias de expresión notables según las ciudades y los barrios, o incluso considerables según las culturas. Nos parecerá esencial en todo caso, para comprender las evoluciones en curso, salir de la sola oposición público/privado. El *espacio común* —cuyo emblema bien podría ser la calle— no está simplemente entre los dos. Los atraviesa y los sustenta. Incluso es diferente de lo que se llama lo social o también la sociedad civil. Su relación muy distante con las instituciones políticas —en algunas tradiciones más que en otras— puede invitar a concebirlo como la manifestación de un rechazo de todo espacio público o de una prudente indiferencia a su respecto. Pero esto sería concebirlo como la expresión de una carencia, lo que no es cierto. No es ni de lo priva-

do ampliado ni de lo público disminuido. Tiene que ver sin ninguna duda con la especificidad del lugar urbano en tanto que lugar donde la *diversidad humana* encuentra más que en cualquier otra parte la suerte de ser reconocida y valorizada. De pronto, es el espacio público mismo el que debe ser repensado. Ahora bien, es precisamente este concepto, en su acepción canónica en Occidente, el que pone a prueba y tiende a refundir el nuevo dispositivo planetario de las redes de información y de intervención en las cuales están agarradas las ciudades modernas; y todo esto en el movimiento mismo por el cual ese dispositivo cuestiona la disposición del espacio construido.

Al término de esta doble averiguación, quizás será posible proponer una respuesta —al menos parcial— a la cuestión inicial sobre la permanencia o la desaparición del modelo urbano clásico (suponiendo que este término pueda aplicarse a civilizaciones muy diferentes); y así poder o no encarar la emergencia de un nuevo paradigma que nos permitiría descifrar las mutaciones en curso y las evoluciones que hay que asumir; finalmente, enfrentar *la ciudad que viene*.

Anotaciones para concluir

Habitar la ciudad, habitar el mundo

Necesitamos regresar a nuestras primeras sorpresas, preguntarnos una vez más lo que ha podido (hace ya más de diez milenios) empujar a los grupos humanos a dotarse de lugares de habitación no solamente más densamente poblados que los pueblos, sino comportando edificaciones oficiales que confirieran a esos conjuntos construidos un carácter monumental. En breve: a construir ciudades. Ahora bien, esta realización suponía trabajo explotado, a veces avasallado, y consagraba jerarquías probablemente desconocidas en las épocas precedentes. ¿Era tan deseable? Se conoce el papel esencial que jugó la aparición de la agricultura en esta mutación. ¿Habría podido la humanidad entonces inventar otra solución? ¿Realizar otro modo de vivir juntos? ¿Cómo comprender el

gesto mismo de edificar? Se puede, como nos invita Heidegger, presuponer una articulación fundamental entre construir, habitar y pensar¹. Pero no podríamos en este caso ni contentarnos con privilegiar –así como lo hace Heidegger– como única referencia del construir, la morada campesina aislada al borde del bosque, ni satisfacernos con evocar la ciudad bajo el único ángulo de la crisis de alojamiento. Sería necesario que la relación de los tres términos –construir, habitar y pensar– fuera profundizada a propósito de la emergencia misma de las ciudades. Estas no conciernen tanto nuestra vida sobre la tierra y nuestro modo de ser en el mundo. Sino más aún: por su monumentalidad la ciudad manifiesta una relación particular del construir con la gloria y la grandeza del habitar. Esta exigencia es sin duda tan inseparable de un deseo de ciudad como la que se siente en la experiencia de estarse acercando a la morada. En esto estriba que habitar la ciudad es habitar el mundo pero de una manera completamente distinta que en la casa en el flanco de la montaña. Es habitar el mundo porque, por obra del construir que reúne una comunidad de humanos, es el mundo el que es llevado y recogido en los muros de la ciudad: el cielo y la tierra, los dioses y los hombres. Todas las civilizaciones así lo han comprendido. El monumento debía ante todo celebrar esta dignidad y esa fue constantemente la tarea de la arquitectura: renovar su afirmación. Esta tarea permanece entera incluso en la actualidad. Ninguna lógica de red la hará desaparecer. Cuando uno se refiere al célebre texto de Hugo: “Esto matará a aquello, el libro matará al edificio”², generalmente se olvida mencionar esa otra aserción del poeta: “se requieren monumentos para las ciudades del hombre, si no ¿dónde estaría la diferencia entre una ciudad y un hormiguero?”³. La constante creatividad de la arquitectura de nuestra época (y sin desdén por las hormigas) nos confirma que esta exigencia sigue estando en el corazón de la

¹Martin Heidegger. “Construir, habitar, pensar” in *Conferencias y artículos*. Madrid: del Serbal, 2003.

²Victor Hugo. *Nuestra Señora de París*. Barcelona: Bruguera, 1970. pp. 183-197.

³V. Hugo. *Literatura y filosofía mezcladas* (1834). París: Laffont, 1985, p. 130.

ciudad que esperamos. ¿Cuál es ella? Es necesario que retomemos por última vez la cuestión que plantea nuestro tiempo.

El lugar de la vida compartida

Al comienzo nos preguntábamos: ¿asistimos al final de la ciudad, mientras que la forma urbana está camino de imponerse como modo de hábitat, en el planeta entero? Pero más bien que la ciudad, ha sido necesario admitir que se trataba de acá en adelante, y cada vez más, de un archipiélago mundial de *zonas habitadas* o de *módulos* urbanos donde no parece necesario mantener la fuerte presencia de un lugar arquitectónico privilegiado (centrado, imponente, ofrecido ante todo a la mirada). ¿Será preciso deplorarlo y constatar el fracaso de nuestra antigua civilización urbana? O bien, no es más bien urgente comprender que son la finalidades de la ciudad tradicional las que han desaparecido. La expansión del modelo de red y de las comunicaciones a distancia que nos abren nuevas oportunidades ¿debe ser la aceptación de una *comunidad de los cuerpos ausentes*? Nuestra respuesta, a partir del análisis del espacio común, es claramente ¡no!; importa pues, más que nunca, repensar el urbanismo y la arquitectura; volverse a preguntar qué sentido darle al *espacio construido* para poder articular de manera no solamente sensata sino *sensible* las funciones sociales y las formas arquitectónicas en la ciudad de hoy, es decir en un espacio cada vez menos dependiente de la presencia inmediata de los cuerpos, donde sin embargo los cuerpos existen, sienten, no menos que en los tiempos de las antiguas ciudades sumerias, griegas, incas, indias o romanas, pero deben expresarlo de forma completamente distinta. ¿Cómo pensar el espacio construido para hacer posible la vida común y pensarlo como espacio público de la época de la informática? Tal es el desafío.

La cuestión es entonces saber cómo, a partir del desarrollo del espacio virtual, mantener un espacio concreto para los cuerpos, un espacio de habitación, de relaciones –institucionales y personales– y finalmente

cómo reinventar la *calle* y la *plaza*; cómo manifestar signos *públicos*, es decir *visibles*, de una identidad urbana, al mismo tiempo que se comprende que las nuevas tecnologías de comunicación (que redefinen nuestro acceso a la información, nuestra repartición de los saberes y nuestros medios de actuar) modifican igualmente, y de forma radical, nuestra relación con el medio físico, con los otros humanos, con las otras culturas, y cambian por consiguiente nuestra percepción global del espacio y del tiempo, así como modifican nuestro sentido de la vida común. Percibir el movimiento que, a nuestros ojos, va de lo *monumental* a lo *virtual* en la ciudad que viene, será sin duda comprender una de las mayores transformaciones de nuestro tiempo. Pero quizás más esencialmente, lo que debemos aprender o reaprender es el movimiento que va de lo *virtual* a lo *corporal*. Nunca una imagen de síntesis abolirá un cuerpo de carne. Nunca una red de relaciones sustituirá la palabra que yo le dirijo al ser que me es más próximo, así como al recién llegado. Además es necesario comprender que esto no se juega simplemente en un cara-a-cara de sujetos puros; esto se juega en el lugar donde yo hablo una lengua, donde a menudo escucho varias, donde tengo mis recorridos y mis puntos de referencia, donde heredo un arte de vivir y descubro otros, donde soy hombre o mujer, donde tengo un trabajo (y donde a veces busco uno), donde pertenezco a una generación, donde dialogo poco o mucho con mis vecinos, donde conocen a menudo mi profesión, mi familia, mis orígenes, donde los padres establecen lazos originales entre ellos por la mediación de los niños que van a la misma escuela. Cada ciudadano es este ramo de experiencias singulares en el campo de la vida común. Tal es el nicho eco-urbano de las relaciones, por todas partes por donde la ciudad ha conservado una vida de barrio; en suma, por todas partes por donde ella aún es una ciudad, por todas partes por donde sigue siendo un lugar *habitable* y nos da la certeza de que es nuestro lugar de residencia sobre la tierra. La utopía no es el hecho de una arquitectura que repartiría con claridad los espacios y donde todas las funciones útiles estarían aseguradas sin dificultad; la utopía sería más bien lo que, en Occidente y otros

lugares, fue mucho tiempo nuestro real cotidiano: un lugar donde uno se habla, donde uno se mira, donde uno se respeta, donde uno se querella, donde se ofrece asistencia en caso de necesidad, donde uno se encuentra sin reloj ni calendario. Tranquiliémonos; esta utopía existe, pues tal es todavía el modo de vida de miles de millones de humanos, vida de la que ya casi no tenemos idea en nuestras metrópolis desarrolladas.

Ya se sabía: “Ya no hay islas”⁴. Algunos dirán: sólo queda una, nuestro propio planeta; lo que supone que se la está viendo de lejos. Pero a la distancia conveniente, la de los vecindarios y de los encuentros, la de los recorridos cotidianos y de los usos, lo que vemos y experimentamos es un archipiélago de lugares que nos obstinamos en llamar la ciudad. Pues queremos que esa palabra permanezca. Y si, en estos diversos lugares, la ciudad resiste y existe, no es porque solamente apreciemos lo que responde a nuestras necesidades (comercios, servicios, esparcimientos, transportes) sino aquello que además nos hace felices de habitar allí, trabajar acá, interactuar aquí, caminar por allá, ver nuestros amigos, sentir las otras presencias, cruzar rostros desconocidos, por que podemos a veces ver realizada, en la cualidad de la arquitectura, la idea misma de ciudad habiendo sobrevivido a sus metamorfosis; un bien común que nos es querido de un modo totalmente desinteresado, un espacio construido para todos, para nuestros sentidos, para nuestros ojos, para esta exigencia y ese placer experimentados de ser aquí ciudadanos así como de ser también ciudadano. Pero además de esta satisfacción, la ciudad *en su forma visible*, por la disposición de sus espacios, por la inteligencia de su construcción, puede procurarnos un orgullo de vivir-juntos tan viejo e inalterable, como el que podía hacer que nacieran las más antiguas ciudades, tan viva como la espera (que ha permanecido intacta) de hacer admirable y deseable el lugar de nuestras vidas compartidas.

El presente ensayo es la versión revisada, corregida y ampliada de un texto inicialmente publicado en la re-

⁴Albert Camus. *Actuales*. París: Gallimard, 1950, p. 160.

vista Zinbun, n° 36, 2002, de la universidad de Kyôto, retomado bajo una forma más corta en Esprit, n° 303, marzo-abril de 2004.

Bibliografía

Arendt, Hannah (1958), *Condición del hombre moderno*. Barcelona: Paidós, 2002.
 Balazs, Étienne. *La Burocracia celeste*. Barcelona: Barral, 1974.
 Berque, Augustin. *Del gesto a la ciudad*. París: Gallimard, 1993.
 Blumenberg, Hans. *La legitimidad de los tiempos modernos*. Valencia: Pretextos, 2008.
 Boudon, Philippe. *Sobre el espacio arquitectónico. Ensayo de una epistemología de la arquitectura*, México: UNAM, s/f
 Braudel, Fernand. *Civilización material, economía y capitalismo*. Madrid: Alianza, 1984.
 Castels, Manuel. *La sociedad de las redes*, 3 vol. París: Fayard, 1996-2001.
 Cerdà, Idelfonso (1867). *Teoría general de la urbanización*, Madrid, 1968.
 Conein, Bernard. *Los sentidos sociales*. París: Economica, 2006.
 Choay, Françoise (1965). *el Urbanismo, utopía y realidades*. Barcelona: Lumen, 1970.
 Damisch, Hubert. *el Origen de la perspectiva*. Madrid: Alianza, 1997.
 Davis, Mike (1990). *La ciudad de cuarzo*. Madrid: Lengua de trapo, 2003.
 Descola, Philippe (2005). *al otro lado naturaleza y cultura*, tr. Paláu, Medellín: abril de 2010 – junio de 2011.
 Detienne, Marcel (1967). *Los maestros de verdad en la Grecia arcaica*, Madrid: Taurus, 1983.
 Detienne, Marcel (ed.) *Quién quiere tomar la palabra*, París: Seuil, 2003.
 Duby, Georges (ed.). *Histoire de la France urbaine*. “Preface”. París: Seuil, 1979. <”Francia rural, Francia urbana: confrontación”, tr. María Cecilia Gómez B. *Sociología 21*. Medellín: Universidad Autónoma Latinoamericana, julio 1998.>.

Gabriel Dupuy. *El urbanismo de las redes*. Barcelona: Oikos-Tau, 1997.
 Engels, Federico (1845). *La situación de las clases trabajadoras en Inglaterra*. Buenos Aires: Futuro, 1965.
 Finley, Moses I. (1973). *La economía de la antigüedad*, México: Fondo de cultura económica, 1975.
 Finley, Moses I. (1970). *Grecia primitiva. La Edad de bronce y la Era Arcaica*, Buenos Aires: Eudeba, 1987.
 Giedion, Siegfried (1941). *Espacio, tiempo, arquitectura*. Buenos Aires: Revertes, 2009.
 Ginzburg, Carlo. *Las batallas nocturnas. Hechicería y rituales agrarios en los siglos XVI y XVII*. Barcelona: Península, 2003.
 Goffman, Erwin (1967). *Ritual de la interacción*. Buenos Aires: Tiempo contemporáneo, 1970.
 Goffman, Erwin (1959). *la Presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
 Granet, Marcel. *La civilización china*. México: UTEHA, 1959.
 Habermas, Jürgen. *Historia y crítica de la opinión pública. La transformación estructural de la vida pública*. Barcelona: Gustavo Gil, 1981.
 Havelock, Eric. *La musa aprende a escribir*. Barcelona: Paidós, 1996.
 Heidegger, Martin. “Construir, habitar, pensar” in *Conferencias y artículos*. Madrid: del Serbal, 2003.
 Homo, Léo. *Roma imperial y urbanismo en la antigüedad*. México: UTEHA, 1951.
 Jacobs, Jane. *Muerte y vida de las grandes ciudades norteamericanas*. Madrid: Península, 1973.
 Le Goff, Jacques. *Los intelectuales en la Edad Media*. Barcelona: Gedisa, 1986.
 Le Goff, Jacques (1977). *Tiempo, trabajo, cultura en el Occidente medieval*. Madrid: Taurus, 1983.
 Le Goff, Jacques (1982). *La civilización del Occidente medieval.pdf* Barcelona: Paidós, 1999.
 Lévi-Strauss. *Tristes trópicos*. Buenos Aires: Eudeba, 1970.
 Margueron, Jean-Claude (2002). *Los mesopotámicos*. Fuenlabrada: Cátedra.

Mongin, Olivier (2005), *La condición urbana, la ciudad a la hora de la mundialización*. Barcelona: Paidós, 2006.

Mumford, Lewis (1961). *La ciudad en su historia; sus orígenes, transformaciones y perspectivas*. Buenos Aires: Infinito, 1966.

Norberg-Schulz, Christian. *Intenciones en Arquitectura*. Barcelona: G. Gili, 1979.

Panofsky, Erwin. *Arquitectura gótica y pensamiento escolástico*. Barcelona: la Piqueta, 1986.

Panofsky, Erwin. *La perspectiva como forma simbólica*, Barcelona: Tusquet, 1999.

Parrochia, Daniel (1993). *Filosofía de las redes*, tr. Paláu. Medellín: agosto 2010 – abril 2011.

Pirenne, Henri (1927), *las Ciudades en la Edad Media*. Madrid: Alianza, 1972.

Sassen, Saskia (1991). *La ciudad global*. Buenos Aires: Eudeba, 1999.

Sennett, Richard (1977). *el Declive del hombre público*. Barcelona: Península, 1978.

Serres, Michel. *Hermes IV: la Distribución* (1977). Traducido por Luis Alfonso Paláu Castaño para el Seminario: “de los Libros de Fundaciones a los del Gran Relato; Cuarta lectura de Michel Serres”. Universidad de Antioquia, Instituto de filosofía. Medellín, Septiembre de 2007.

Serres, Michel. *Hermes V: el Paso del noroeste* (1980). Barcelona: Debate, 1991.

Serres, Michel. *Atlas* (1994). Madrid: Cátedra, 1995.

Veltz, Pierre (1996). *Mundialización, ciudades y territorios. La economía de archipiélago*. Buenos Aires: Ariel, 1998.

Vernant, Jean-Pierre. *Mito y pensamiento en la Grecia antigua*. Barcelona: Ariel, 1983.

Wallerstein, Immanuel. *Capitalismo y economía-mundo*. El moderno sistema mundial, Madrid/México: Siglo XXI, 1979, 1984 & 1998.

Weber, Max. *Economía y sociedad*. México: Fondo de cultura económica, 1964.